

Breve noticia de la Iglesia catalana contemporánea

HILARI RAGUER *

«YO SOY LA
IGLESIA
SANTA EN
CATALUÑA»

**RAICES
CRISTIANAS DE
CATALUÑA**

* Madrid, 1928. Doctor en Derecho Civil por la Facultad de Barcelona. Licenciado en Teología Bíblica.

EL carmelita Francesc Palau (1811-1872), cuya beatificación coincidirá con la aparición de este número especial de CUENTA Y RAZÓN, ha descrito, en un libro que siempre guardó muy reservado, la visión que en 1865 tuvo de «una joven cuya gloria ofuscaba la luz del sol», que le dijo: «Yo soy la Iglesia santa en Cataluña», y también «La Iglesia santa de Cataluña quien te habla por María, la Madre de Dios» o, simplemente, «Cataluña». Vio también otra joven, de la que la primera dijo: «Es Roma... Las dos representamos una sola», y se levantó para saludarla respetuosamente.

Me ha parecido oportuno encabezar estas páginas con la visión del P. Palau, y les doy un título tomado del famoso ensayo de Jaume Vicens i Vives *Noticia de Cataluña*, porque como él, aunque de modo mucho más sintético, he de intentar dar a conocer hechos generalmente ignorados incluso entre los catalanes. Existe entre éstos una conciencia instintiva e intuitiva de su identidad como pueblo y, si son creyentes, de la personalidad de la Iglesia catalana, como en la visión del P. Palau, pero falta una información adecuada sobre los hechos históricos, incluso de la época contemporánea, de los que aquella conciencia procede. No ha de sorprendernos que desde fuera de la Iglesia y desde fuera de Cataluña la ignorancia sea mucho mayor y se produzcan reacciones viscerales cuando se toca el *volem bisbes catalans*, la afirmación según tradición ininterrumpida de la sede primacial de Tarragona o una estrategia distinta en el problema de la enseñanza privada.

A este malentendido obedecen las reacciones de protesta más o menos amable que, incluso en sectores por lo demás abiertos de la Iglesia española, suscitó el ponderado documento de los obispos catalanes *A neis cristianes de Catalunya* (1986). Sin tener que apelar a leyendas inverosímiles, ni siquiera a la discutida —pero discutible— tradición sobre la predicación de san Pablo en la imperial Tarraco, podían invocar las actas del martirio del obispo san Fructuoso el año 259. «Al forjarse la nacionalidad catalana —decían nuestros obispos— muchos nombres eminentes de la Iglesia lo son también del país naciente. La figura del Abad Oliba, obispo de Vic, abad de Ripoll y de Cuixá y fundador de Montserrat, encarna el espíritu de toda una época. Mientras la sociedad catalana

comienza a estructurarse, recibe de los monasterios y de las catedrales el impulso del espíritu cristiano que se manifiesta en instituciones tan nuevas y decisivas como la de *la paz y la tregua*. Es un momento singular en el que la formación del país y el establecimiento de la Iglesia van juntos. Uno de los primeros documentos de la lengua catalana son unas homilías, las de Organyá.» Tras recordar algunos personajes y algunos hechos de siglos más recientes, los obispos catalanes concluían: «Es en aquella ininterrumpida tradición de fidelidad a Cataluña que nos reconocemos y nos reafirmamos.»

Algunos han considerado intromisión política el citado documento episcopal, cuando en realidad es más bien todo lo contrario; solicitud pastoral ante una coyuntura histórica, la de la Cataluña autónoma actual, en la que «el viejo anticlericalismo, salido de unas circunstancias históricas determinadas, sin desaparecer del todo, deja más bien sitio a una impregnación a-religiosa de la cultura, menos agresiva pero más radical», ya que «la cultura catalana conlleva un ritmo de secularización —en el sentido de autonomía del mundo temporal, pero también en el negativo de irreligión— más acelerado que en otros pueblos de España»; de ahí que, en una síntesis histórica serena y objetiva, recuerden tanto *las raíces cristianas de Cataluña* hace mil años como la presencia de la Iglesia en la *Renaixença* de hace un siglo.

El siglo xix, que para España es de decadencia, para Cataluña es de renacimiento. Y si el ápice de la decadencia española se cifra en el fin de siglo, con el 98 como símbolo, en Cataluña el cambio de siglo (*tombant de segle*) presencia una extraordinaria explosión, en todos los campos, de la plenitud vital que arranca del xviii y va creciendo a lo largo del xix. Es un redescubrimiento de la propia identidad —o quizás una redefinición— que no significa replegamiento o ensimismamiento, sino todo lo contrario. Es la generación de 1901, según Vicens i Vives, la que toma conciencia de esta realidad y formula la doctrina del catalanismo: El hecho era que el catalanismo incorporaba Cataluña a Europa de una manera total e irrenunciable (...). Con él entraron en Cataluña el impresionismo, la música de Wagner, los dramas de Ibsen, la filosofía de Nietzsche, la estética modernista, el deseo de los teléfonos y de las buenas carreteras, la necesidad de los museos y de las universidades, el ambiente de París, de Londres y de Berlín, una ciencia que se llamaba economía y usaba la estadística, el deseo de ser sinceros y reales, de reencontrarse en la polémica tolerante que impulsa por los caminos del progreso. Y esto permitió marchar, en un mismo galope, a aristócratas y catalanistas, burgueses y anarquistas, en uno de los despegues más sensacionales y admirables de la historia de Cataluña.

La historia de la Iglesia catalana es inseparable de la sociedad civil en la que está encarnada y de la que emana; los grandes logros que alcanzó, pese a las dificultades políticas a lo largo del siglo xix, y que darían sus mejores frutos en aquella espléndida Iglesia del decenio anterior a la Guerra Civil, son una manifestación más de la plenitud renovadora y creativa que en el *tombant de segle* Cataluña vive en todos los demás campos: lengua, arte, econo-

**EL «TOMBANT
DE SEGLE»**

**LA CABEZA Y
EL CORAZÓN**

mía, política, demografía, etc. El catalanismo, que tomará sucesivamente los nombres de provincialismo, federalismo, regionalismo y nacionalismo, no es de tono arcaizante o reaccionario, sino que en los diversos sectores ideológicos en que simultáneamente aparece —desde el conservadurismo o foralismo hasta el anticlericalismo revolucionario—, emparenta con las tendencias homologas imperantes en Europa, y de ellas toma su arsenal conceptual. Del mismo modo, el esfuerzo apostólico de renovación cristiana aparece, en comparación con otras partes de España, menos contaminado de reaccionarismo social y político.

España, en efecto, no afrontó hasta 1931 el drama político religioso que Francia había vivido a fines del siglo xviii y que en la mayoría de las monarquías europeas se había solventado a lo largo del xix: el choque entre la Iglesia y la Revolución, que rompía la unión secular entre el trono y el altar. Cuando, tras la derrota de Napoleón en 1814, Luis XVIII y los aristócratas franceses pretendieron restablecer en Francia la situación de antes de 1789, el sagaz cardenal Consalvi, Secretario de Estado de Pío VII, comentó que esto era como si Noé, al salir del arca después del diluvio, hubiera pretendido que no había pasado nada. En España había habido diluvio ideológico. Los ejércitos napoleónicos habían sido derrotados pero por un fenómeno histórico no infrecuente —es el caso de Grecia ante Roma, o de Roma ante los bárbaros—, el militarmente vencido resulta culturalmente vencedor: las patriotas Cortes de Cádiz estaban empapadas del pensamiento de la Ilustración, la Enciclopedia y la Revolución, pese a lo cual los reaccionarios españoles, y en primer lugar la casi totalidad de los eclesiásticos, se empeñaron, a lo largo de todo el siglo xix y el primer tercio del xx en que «aquí no había pasado nada». De ahí las guerras civiles y los bandazos políticos, en los que el factor religioso jugó siempre un papel muy importante, hasta culminar en la guerra civil de 1936, «la última guerra de religión», según Guy Hermet.

**LA
INFLUENCIA DE
FRANCIA**

Por razones geográficas Cataluña experimentó con especial intensidad el influjo de Francia. Se comprende que la comarca fronteriza del Empordá fuera el gran hervidero de republicanos y federales, y en cambio las comarcas meridionales lindantes con el Maestrazgo constituyeran, hasta bien entrado el siglo xx, el gran reducto del carlismo y del integrismo peleón. Pero el influjo francés no es sólo político, sino también religioso. La Iglesia catalana debe mucho, en sus esfuerzos renovadores, a las experiencias y a los ejemplos de Francia. Lo podemos comprobar en las dos máximas figuras de la Iglesia catalana del siglo pasado, que abrieron hondos surcos que perduran en nuestros días: el presbítero Jaime Balmes (1810-1848) y el Padre Claret, que es como familiarmente seguimos llamando a san Antonio María Claret (1807-1870). En bella frase del jesuita Ignasi Casanovas, espiritualmente eran como las dos manos que edificaban en Cataluña el templo de Dios. Son, respectivamente, la cabeza y el corazón de aquella Iglesia que el P. Palau vio en forma de mujer resplandeciente. Balmes es la cabeza, el pensador, el intelectual apologista y publicista que devora y aprovecha lo mejor de cuanto se escribe en la Europa católica.

Claret es —además de un gran santo, cosa que Balmes no fue— el gran apóstol popular que con su predicación, sus escritos y su impulso a la renovación de la vida religiosa, constituye sin duda el gran coloso de la recristianización de Cataluña. Detengámonos un momento en cada una de estas dos figuras, ambas muy universales, sinceramente españolas —los dos intervinieron desde un punto de vista eminentemente sacerdotal en la política de su tiempo— pero a la vez entrañablemente catalanas.

Pocos catalanes habrá sobre los que en España se haya escrito tanto y tan erróneamente como Balmes. La derecha española ha hecho de él uno de los padres del pensamiento *ultra*; pensamos sobre todo en el grupo de «*Acción Española*», que lo ponía al lado de Donoso Cortés y Menéndez y Pelayo, entre sus mentores. «Tres son los maestros —ha escrito recientemente Raúl Morodo— que *Acción Española* considera como tales y que constituyen la especificidad contrarrevolucionaria española: Balmes, Menéndez y Pelayo y Vázquez de Mella. En menor medida, Donoso Cortés.» Y ya en 1887, en una conferencia, Alejandro Pidal había dicho: «Debió el ultramontanismo español a Balmes su doctrina.» No negaré que los planteamientos ambiguos, por no decir contradictorios de Balmes —que no es tan lógico como suele decirse— se prestaban a extrapolaciones y manipulaciones de sus escritos. Sobre todo cuando se refiere a Cataluña. Pero si queremos saber qué pensaba en el fondo de su corazón sobre Cataluña, no tenemos que fijarnos tanto en los cuatro artículos que con este nombre por título publicó en su revista *La Sociedad* —que es lo que hacen los que se han ocupado de su pensamiento político; últimamente, García Escudero— sino en otros rincones de su obra mucho más significativos. Balmes sólo escribió en catalán unas cuantas cartas familiares, su testamento y unas pocas poesías, ripios literariamente pésimos pero imprescindibles para nuestro objeto. Con todo, Balmes es uno de los muchos testigos que, al observador atento, le certifican que el nacionalismo catalán no nació en el *tombant de segle* con la pérdida de las colonias españolas, sino que arranca del día siguiente al 11 de septiembre de 1714 (ocupación de Barcelona por los ejércitos franco-españoles), atraviesa todo el *vm* y, a pesar de la represión, aflora en los escasos momentos del *xix* en que hubo libertad de expresión y de asociación. Cataluña pasó buena parte del *xix* en estado de excepción endémico, contra el que tronaba el general Prim en las Cortes. Félix Cucurull ha recogido, en los dos primeros volúmenes de su monumental *Panorámica del nacionalisme català* (París 1976 y ss.) un amplio florilegio de este pensamiento más o menos subterráneo. Si en algún tema había censura, era en el del nacionalismo. Esto no se puede olvidar al leer a Balmes. En sus artículos de *La Sociedad*, autocensurándose, violentando sus convicciones más íntimas, contradiciéndose y dejándose llevar de aquella ambigüedad antes mencionada —la mentalidad *dilógica*, como dice muy justamente el canónigo vicense L. Cura Pellicer, que es sin duda el mejor estudioso actual de Balmes— formula una propuesta posibilista y minimalista de cara a Madrid. Torras i Bages le atribuye la frase: «Tengo la monarquía en la cabeza y la república en el corazón», pero con mayor razón pudo ha-

CATALANISMO DE BALMES

ber dicho que tenía España en la cabeza y Cataluña en el corazón. Los sentimientos de su corazón hay que leerlos entre líneas en dos biografías —¿por qué iba Balmes a escribir biografías, si no era a modo de parábola— dedicadas a O'Connell y a Espartero. En la primera estudia el nacionalismo irlandés, y hace el gran elogio de O'Connell porque supo encauzarlo por caminos legales, y no de violencia; confirma esta lectura la referencia expresa que a O'Connell se hace en los citados artículos de *La Sociedad*, en el segundo de los cuales (1843), refiriéndose explícitamente a Cataluña, escribía: «A los pueblos como a los individuos no los salvan los furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza se arrojan a la violencia y al crimen, sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda convicción de la razón que les asiste y de que tarde o temprano llegará el día de la justicia»; corroborándolo con el ejemplo de O'Connell: «Uno de los primeros pasos de su grande obra fue reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna.»

Más importante es la semblanza de Espartero, centrada en la insurrección de Barcelona a la que siguió el salvaje bombardeo del 2 de diciembre de 1842, del que Balmes tuvo personal e indeleble experiencia. Ya el 1.º de marzo de 1843 publicó en *La Sociedad* un curioso diálogo entre el castillo de Montjuich —que simboliza el poder militar opresor— y la ciudad de Barcelona, *cap i casal* de Cataluña. El afectado estilo hace farragosa la lectura, y el P. Casanovas, pese a ser gran admirador de Balmes, comenta: «La forma por lo estrafalaria, llamó la atención de la gente sensata. Es uno de los tres o cuatro pecados artísticos cometidos por Balmes por querer imitar la prosa literaria de Chateaubriand y Lerminier». En realidad, era el único modo de denunciar veladamente lo ocurrido. Cuando cinco meses después, el 30 de julio, caiga Espartero, Balmes podrá atacarlo con mayor libertad en una biografía escrita apresuradamente, centrada en el bombardeo de Barcelona, y aparecida en cinco entregas en *La Sociedad* entre 21 de diciembre de 1843 y 1.º de febrero de 1844. En la imposibilidad de citar y menos comentar estos artículos, baste decir que Balmes tenía a la vista, cuando los escribió, el *Diario razonado* en el que el general Van Halen, capitán General de Cataluña y responsable inmediato del bombardeo, trató de justificarlo, y en el que presenta la insurrección de Barcelona como una lucha entre catalanes y castellanos, continuación de las de 1640 y 1714. Y en el relato de estos combates, Balmes toma partido apasionadamente por los catalanes. Al texto me remito.

En 1844 mandó Balmes a su amigo Valentí Llorer, que desde Madrid le había dedicado una poesía, otra de la que transcribo las estrofas tercera y sexta:

Admirant lo teu llenguatje
casi rabia m'ha agafat, que'm
feya dir malbinatje qui parlar
nos ha imposat que no es el del
nostre llinatje. (...)

Jo ja't dich, no'm venen ganas de
tornar-me castellá, y em semblan
valents pavanas els qui volen oblidar
las paraulas catalanas.

Estos versos, no destinados a la publicidad, demuestran que si Balmes escribía y publicaba en castellano no era por desamor a su lengua materna, sino por razones de eficacia. Casanovas, en su edición monumental de las obras completas de Balmes (t. III), las incluye, con otras dieciocho poesías, entre las que califica de *humorísticas*. Pero no olvidemos que en aquel momento (1925) arreciaba la desafortunada persecución de Primo de Rivera contra la lengua y cultura catalanas, y en particular contra el Foment de Pietat Catalana, de la que la *Biblioteca Balmes* constituía una sección.

Balmes tenía gran prestigio en Roma. Su libro *Pío IX* fue enviado al Papa por el Delegado Apostólico Brunelli, a petición del Secretario de Estado. Llegó el volumen a su destino el 10 de febrero de 1848. Tres meses después, en mayo, Balmes recibía reservadamente la siguiente consulta del Papa «para tranquilizar su conciencia»: «Se pregunta qué hay que pensar de los derechos de nacionalidad e independencia, que se dice que son inalienables e imprescriptibles; y, suponiendo que haya que admitirlos, cuándo y cómo se podrían ejercer.» Esta vez sí que Balmes se hubiera podido expresar sin temor a las autoridades españolas, pero su vida se estaba extinguiendo: se excusó y poco después, la noche del 8 al 9 de julio de aquel 1848, moría, pocos días después de haber cumplido 38 años.

También del Padre Claret interesa subrayar su catalanidad; no por baja política, sino por puro celo pastoral. Hijo del pueblo, conocía la problemática. Como no pretendía influir en los círculos políticos de Madrid, sino llegar al corazón del pueblo, a diferencia de Balmes no arrinconó la lengua catalana; excepto, claro está, cuando actuaba por tierras de Castilla, Andalucía o cuando fue arzobispo de Santiago de Cuba. A lo largo del siglo xviii el catalán había casi desaparecido como lengua literaria y hasta como lengua escrita. Sus últimos reductos eran la correspondencia familiar y los catecismos, devocionarios y papeles piadosos. Pero la presión del gobierno, la ignorancia de los obispos forasteros, la llegada de religiosos de lengua castellana y a veces también la fatuidad de los autóctonos habían ido introduciendo la predicación y la catequesis en castellano. En cumplimiento de los decretos del Concilio de Trento sobre predicación y catequesis en la lengua del pueblo, repetidos Concilios Tarraconenses habían reiterado la grave obligación de conservar la lengua del país en la práctica pastoral. Según el erudito archivero de Tarragona Sane Capdevila, en la provincia eclesiástica tarraconense, entre 1568 y 1928 se editaron 220 catecismos en catalán, 21 en castellano, 10 bilingües catalán-castellano y uno catalán-francés. Además, en Valencia 2 en catalán; en Mallorca 2 en catalán y 1 bilingüe; en Perpiñán 2 en catalán y otro en Carasona. Cuentan que el P. Claret decía: «Ya podéis ir predicando y enseñando el catecismo en castellano, que ellos blasfeman en

**CELO PASTORAL
DEL PADRE
CLARET**

**RENOVACIÓN
DE LA VIDA
RELIGIOSA**

catalán y se condenarán en catalán.» Siendo confesor de Isabel II, aunque se negaba a toda recomendación, utilizó su valimiento ante la Reina para obtener algunos nombramientos de obispos catalanes para su tierra, visto el estrago pastoral que los no autóctonos causaban. Y no se diga que si han valido catalanes para diócesis de lengua castellana también puede darse el caso inverso, porque el P. Claret nunca pretendió imponer el catalán a los morenitos de Cuba. Y el Dr. Pía y Deniel, al ser nombrado obispo de Ávila, hizo el voto de no hablar nunca más el catalán para perfeccionar al máximo su acento castellano; ni siquiera lo usó al recibir en cierta ocasión la visita de su amigo Maciá, entonces presidente de la Generalitat catalana. Con obispos así no hubiera habido problema en Cataluña, pero no ha sido éste el caso, por desgracia.

Con el Padre Claret hay que relacionar también la renovación de la vida religiosa; no fue el único, pero sí el principal de sus impulsores. Con la quema de conventos en 1835, las exclaustaciones y las desamortizaciones, parecía que la vida religiosa iba a extinguirse pero ocurrió todo lo contrario. Lo que entra en grave crisis son los monasterios de clausura, pero algunos exclaustados, como el dominico Coll o el carmelita Palau, fundan religiosas de vida apostólica, sin clausura pontificia, mucho más disponibles para el apostolado. Es un nuevo tipo de vida religiosa, iniciado en Francia después de 1814 y que por Cataluña entró en España unos decenios más tarde. La lista de fundaciones catalanas es impresionante: encontramos en ella algunas Congregaciones que tendrán gran difusión en España y Ultramar, y un buen lote de fundadores y fundadoras pasarán al santoral: María Ráfols Bruna funda las Hermanas de la Caridad de Santa Ana (1825); Joaquina de Vedruna, las Carmelitas de la Caridad (1826); Paula Montalt, las Escolapias (1847); Joaquim Masmitjà, las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María (1848); el P. Claret, los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (1849); M.^a Teresa Arguyol, las Clarisas de la Divina Providencia (1849); Josep Tous, las Hermanas Capuchinas de la madre del Divino Pastor (1850); Anna Moggas, las Terciarias Franciscanas de la Madre del Divino Pastor (1850); Pere Bach, las Hermanas de San Felipe Neri y la Purísima Concepción (1850); Alfonsa Cavin y el obispo Costa i Borrás, las Misioneras Concepcionistas; la beata Rosa Molas (que este año será canonizada), las Hermanas de la Consolación (1855); Antonia París, con el P. Claret, en Cuba, las Hermanas de la Enseñanza y María Inmaculada (1855); el beato Francesc Coll, las Dominicanas de la Anunciata (1856); María Ana Revell, las Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción (1858); Ana María Janer, con el obispo Caixal, las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgell (1860); Francesc Palau, los Hermanos Terciarios del Carmen y dos ramas de Carmelitas Misioneras (1860 y ss.); Lutgarda Mas y Pere Nolasc Tenes, las Mercedarias Misioneras de San Gervasio (1860); Esperanza González, las Misioneras Esclavas del Inmaculado Corazón de María (1862); María Gay, el Instituto de Hermanas de San José (1870); el P. José Manyanet, los Hijos de la Sagrada Familia (1870) y las Misioneras de Nazaret (1893); Isabel Ma-

rangues y Francesc Butiñá, las Hijas de San José (1875); Josep Gras, las Hijas de Cristo Rey (1876); el beato Enrique de Ossó, la Compañía de Santa Teresa (1876); Catalina Coramina, las Josefinas de la Caridad (1877); Teresa Toda y Teresa Guasch, las Terciarias Carmelitas Teresas de San José (1878); Miquela Grau, las Hermanas de la Doctrina Cristiana (1880); el P. José Domingo y Sol, los Operarios Diocesanos (1886); Teresa Gallifa, las Siervas de la Pasión (1886); Salvador Casañas y Ramona Torres, las Hermanas del Santo Ángel Custodio (1887); Santa Teresa Jornet, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (1880); Agustina Tarda, las Agustinas Misioneras (1890); Pía Oriach y Joan Collell, las Siervas del Sagrado Corazón (1891); Carme Salles, las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza (1892); y Teresa Güell, las Misioneras de la Caridad del Inmaculado Corazón de María (1899). Además de estas Congregaciones, de desigual importancia, algunas francesas, masculinas y femeninas, se trasladan a Cataluña a raíz de la legislación laicista de la república francesa y se esparcen luego por el resto de España.

Herederos en cierto modo de Balmes y del Padre Claret es Josep Torras i Bages (1846-1916), obispo de Vic, que quiso infundir espíritu cristiano a la *Renaixença* catalana del *tombant de segle* y, en otro frente, salvar el clero catalán de las redes del integrismo. Dicen que su causa de beatificación tropieza en Roma con la consabida objeción de que «hizo política», cuando en realidad, de acuerdo con las instrucciones de la Santa Sede a los católicos españoles, trabajó meritoriamente, pese a los ataques de la prensa integrista, para que la Iglesia no fuera manipulada por la extrema derecha; y, en su orientación del movimiento catalanista, lo que hizo fue moderarlo, superar extremismos y, sobre todo, darle sentido cristiano. No había dado aún ningún paso en el campo del catalanismo cuando, el 1886, escribía así a su amigo el canónigo Jaume Collell: «He visto el Almanaque de *La Campana de Gracia*, que me ha dejado abatido. No porque yo dejara de figurarme que era una publicación obscena, impía y hasta sectaria (...), pero la extrañeza dolorosa ha sido ver a los que no se desdeñaban de colaborar en opúsculo tan endiablado y anticristianismo esencialmente, que no tiene ya el tono del espíritu vacilante, ni tan sólo despojado de la fe, sino el acento del odio hacia el cristianismo. Allí están Almirall, Ubach i Vinyeta, entre otros que no recuerdo. No pueden ser esa gente los restauradores de Cataluña. Es entonces cuando escribe *La tradició catalana*, para hacer ver que una Cataluña que no fuera cristiana no sería la verdadera Cataluña. De ahí la frase que resume su pensamiento, y que entre los católicos catalanes será tesis indiscutida durante al menos dos generaciones: «Catalunya será cristiana o no será».

Una generación más tarde encontramos a una serie de sacerdotes catalanes marcados por las tres fechas 1931, 1936 y 1939, y que en un escrito anterior me atreví a bautizar como la *generado a cavall de la guerra*. Son sacerdotes y religiosos que estaban ya en plena madurez al advenimiento de la República (algunos habían sufrido ya la Dictadura), les tocó la prueba del fuego de la guerra ci-

**TORRASI BAGES
Y LA CATALUÑA
CRISTIANA**

**LA «GENERACIÓ A
CAVALLDELA
GUERRA»**

**VIDAL I
BARRAQUER**

vil y todavía tuvieron que aguantar la difícil posguerra catalana. Hay que decir que, herederos de Balmes, Claret y Torras i Bages, estos hombres de los años treinta y cuarenta, un grupo eminente por su preparación doctrinal y por sus virtudes sacerdotales, y que, en circunstancias más normales, hubieran dado un resultado pastoral extraordinario, a juzgar por lo poco que pudieron hacer.

A la cabeza de esta generación está, como su gran figura, el cardenal Vidal i Barraquer (1875-1943). Le acompañan el obispo de Urgel, Justí Guitart (1875-1940) y el de Solsona, Valentí Cornelias (1861-1942). De la misma generación cronológica, aunque ciertamente no ideológica, son el futuro primado y cardenal Goma (1869-1940), el obispo de Gerona, Josep Cartañá (1875-1963), el de Vic, Perelló (1870-1955) y el futuro cardenal primado, Pía i Deniel (1876-1968). Sin ser obispos, podemos añadirles el abad de Montserrat, Antoni M. Marcet (1877-1904), el oratoriano Josep Torrent, que fue Vicario general de Barcelona durante la guerra civil (1877-1957) y el canónigo de Tarragona, vicario general de ésta y Administrador Apostólico de Lérida durante la guerra, Salvador Rial (1877-1953). Tenemos biblistas como el capuchino Rupert de Manresa (1881-1939), el benedictino Bonaventura Ubach (1879-1960) y el jesuíta Josep M. Bover (1887-1954). El canónigo de Tortosa Joan Baptista Manyà (1884-1977) y el P. Bartomeu Xiberta (1889-1953) son los grandes teólogos de esta generación, junto con los capuchinos Antoni M. de Barcelona (1889-1953) y Miquel d'Esplugues (1870-1934); éste último, aunque escapó a los duros años de la guerra y la primera posguerra por haber muerto antes, tuvo un vasto influjo en la Iglesia y la sociedad catalana. Hallamos sociólogos como los canónigos Josep M.^a Llovera (1874-1949) y Caries Cardó (1884-1958), y el sacerdote Àngel Carbonell (1877-1940). Hubo un óptimo grupo de liturgistas —pues en aquel momento Cataluña estaba muy avanzada en el movimiento litúrgico, tanto a nivel de investigación como de aplicaciones pastorales—: Lluís Carreras (1884-1955) —que además fue mentor político del nuncio Tedeschini y del cardenal Vidal i Barraquer durante la República—, el benedictino Gregori Sunyol (1879-1946), Higiní Anglés (1888-1970), Antoni Tenas (1881-1953), Manuel Trens (1892-1976) y el escolapio Miquel Altisent (1898-1975). Citemos también al filólogo Antoni Griera (1887-1973) y al pedagogo y especialista en catequesis Joan Tusquets, que independientemente de la posición adoptada durante la guerra enriquecieron nuestra cultura catalana y cristiana. Entre los historiadores destaca Josep Sanabre (1892-1976), y le añadiríamos el jesuíta Ignasi Casnovas (1872-1936) si no hubiera sido asesinado al estallar la guerra. Finalmente, entre los que renuevan la pastoral registramos a Francesc de P. Vallet (1883-1947) con su *Obra d'Exercicis Parroquials*, al jesuíta Manuel M.^a Vergés (1886-1956) y la Congregación Mariana, a Albert Bónet (1894-1974), fundador de la *Federació de Joves Cristians de Catalunya* y Antoni Batlle (1888-1955), animador del Escultismo católico catalán.

Pese a innegables e importantes diferencias entre todos los miembros de esta generación sacerdotal, hay en ellos un denominador común, que se pone de manifiesto al estallar la guerra. Los

que escapan de la matanza no desean, ciertamente, el triunfo de aquella República-Generalitat en manos de la FAI, pero tampoco se identifican con el otro bando. No comparten el entusiasmo bélico de la gran mayoría del clero español. Si pasan a la zona nacional, donde estarán muy vigilados, se consagran al ministerio sacerdotal, con admiración y agradecimiento de los obispos a quienes ayudan. Si están en Italia, no frecuentan la embajada franquista, por lo que Yanguas Messía, el embajador de Franco, los pone a casi todos en su fichero negro. Los que permanecen en Cataluña, hacen lo que las circunstancias irán permitiendo, sin comprometerse con la República, pero tampoco con la quinta columna o el socorro blanco (como ocurrió en Madrid). Son una iglesia clandestina tolerada, que prepara la de los años cuarenta, en que también hubo persecución, aunque no sangrienta. Si los obispos españoles, en su documento en el cincuentenario de la guerra civil, se defendían del reproche de «haberse alineado con una de las partes contendientes» alegando «la dureza de la persecución religiosa desatada en España desde 1931», los catalanes, en el documento *Arrels cristianes de Catalunya* recuerdan el 1939, con el «marginamiento injusto de personas y de instituciones»; «El desmantelamiento drástico de organizaciones de apostolado, de publicaciones y de centros de cultura, que padeció la Iglesia catalana el 1939 —escriben nuestros obispos— es un ejemplo relativamente próximo. Una prueba que, unida a la cruenta persecución religiosa que la precedió, el 1936, y que también hay que considerar, supuso un auténtico viacrucis para los católicos catalanes». Perseguidos en 1936 por ser católicos, lo fueron el 1939 por ser catalanes. Tragedia que puede cifrarse en el caso de Carrasco i Formiguera, político democristiano, que tuvo que huir de la Barcelona anarquista por ser católico, y que apresado por Franco fue fusilado por nacionalista.

En estos duros años cuarenta estaban en los seminarios y casas de formación religiosa los que tomarían en su día el relevo, y que podríamos llamar *la generación del Concilio*. Son ahora nuestros pastores.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Jaume Vicens i Vives-Montserrat Llorens, *Industriais i polítics del segle XIX*. Barcelona, 1958.
- Josep Massot i Muntaner, *Aproximado a la historia religiosa de la Catalunya contemporánea*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1973.
- Hilari Raguer i Sufler, *La Unió Democràtica de Catalunya i el seu temps (1931-1939)*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1976.
- Joan Bonet i Baltà, *L'Església catalana, de la Il·lustració a la Renaixença*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984.
- Albert Manent-Josep Raventós, *L'Església clandestina a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939)*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984.
- Els bisbes de Catalunya, *Arrels cristianes de Catalunya*, 3.^a ed., Barcelona 1986.